

CAPITULO V

LA VERDAD CENTRAL

¹ En el breve espacio a que necesariamente está limitada esta última parte de nuestra indagación, me he visto obligado a omitir mucho que me hubiera gustado decir, y a tratar brevemente puntos en que un examen completo no hubiera estado fuera de lugar.

² Sin embargo, esto, al menos, es evidente: que la verdad a la cual hemos sido conducidos en la parte económico-política de nuestra indagación, es tan claramente visible en la elevación y caída de las naciones, como en el crecimiento y decadencia de las civilizaciones, y que concuerda con las más profundas percepciones de relación y secuencia que denominamos percepciones morales. Así hemos dado a nuestras conclusiones la mayor certidumbre y la más alta sanción.

³ Esta verdad entraña a la vez una amenaza y una promesa. Muestra que los males que nacen de la injusta y desigual distribución de la riqueza, que van siendo más notorios a medida que la civilización avanza, no son incidentes del progreso, sino tendencias que tienen que detener el progreso; que no se curarán por sí solas, sino que, por el contrario, si no se suprime la causa, crecerán cada vez más, hasta que nos hundan en la barbarie por el camino seguido por todas las civilizaciones anteriores. Pero muestra también que estos males no son impuestos por leyes de

la Naturaleza; que provienen tan sólo de desajustes sociales que violan las leyes naturales; y que, suprimiendo su causa, daríamos un enorme impulso al progreso.

La pobreza que, en medio de la abundancia, oprime y embrutece a los hombres, y toda la muchedumbre de males que de ella se deriva, nacen de una negación de la justicia. Permitiendo el monopolio de los elementos que la Naturaleza ofrece a todos gratuitamente, hemos desconocido la ley fundamental de la justicia —porque, en cuanto alcanzamos a ver, cuando examinamos las cosas en grande, la justicia parece ser la ley suprema del Universo—. Pero suprimiendo esta injusticia y afirmando la igualdad de derechos de todos los hombres a los elementos naturales, nos ajustaríamos a la ley; suprimiríamos la gran causa de la antinatural desigualdad en la distribución de la riqueza y el poder; suprimiríamos la pobreza; suavizaríamos la cruel pasión de la codicia; secaríamos las fuentes del vicio y la miseria; encenderíamos en oscuros lugares las lámparas del saber; daríamos nuevo vigor a la inventiva y fresco impulso a los descubrimientos; sustituiríamos la debilidad política con el vigor político, y haríamos imposibles la tiranía y la anarquía.

La reforma que he propuesto concuerda con todo lo que es política, social o moralmente deseable. Tiene las cualidades de una verdadera reforma, porque facilitaría todas las demás. No es otra cosa que la confirmación de la letra y del espíritu de la verdad enunciada en la Declaración de Independencia, la verdad, “evidente por sí misma”, que es el corazón y el alma de la Declaración: *“Que todos los hombres han sido creados iguales; que están dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre ellos está la vida, la libertad y la busca de la felicidad.”*

Estos derechos se deniegan al denegar la igualdad de derechos a la tierra, en la cual y por la cual únicamente pueden vivir los hombres. La igualdad de los derechos políticos no compensa la negación del igual derecho a los dones de la Naturaleza. Cuando el igual derecho a la tierra es denegado, la libertad política, al

7 aumentar la población y avanzar los inventos, se convierte simplemente en la libertad de competir por hallar ocupación con salarios de hambre. Tal es la verdad que hemos desatendido. Y por esto vemos mendigos por nuestras calles y vagabundos por nuestras carreteras; y la pobreza esclaviza a hombres a los cuales ponderamos que son soberanos políticamente; y la necesidad nutre la ignorancia, que nuestras escuelas no pueden disipar; y los ciudadanos votan según les ordenan sus amos; y el demagogo usurpa la parte del hombre de Estado; y el oro pesa en la balanza de la justicia; y en los puestos más elevados se sientan los que no rinden a la virtud cívica ni aun el homenaje de la hipocresía; y los pilares de la república, que creíamos fuertes, se quiebran progresivamente bajo una creciente presión.

8 Honramos la Libertad en el nombre y en la forma. Le erigimos estatuas y cantamos sus loas. Pero no hemos confiado plenamente en ella. Y con nuestro crecimiento crecen también sus exigencias. ¡No quiere estar servida a medias!

9 ¡Libertad! Es una palabra para conjurar, no para fatigar los oídos con frívolas alabanzas. Porque Libertad significa justicia, y la justicia es la ley natural: la ley de la salud, de la armonía y de la fuerza, de la fraternidad y de la cooperación.

Los que consideran la Libertad como si ya hubiera realizado su misión cuando abolió los privilegios hereditarios y dio a los hombres el voto; los que de ella piensan que no tiene más relaciones con los asuntos cotidianos de la vida, no han visto su real grandeza; ¡para ellos, los poetas que la han cantado tienen que ser meros coplistas, y sus mártires, necios! Así como el Sol es el señor de la vida, tanto como de la luz; así como sus rayos no sólo traspasan las nubes, sino que sustentan todo crecimiento, suministran todo impulso y hacen brotar la infinita variedad de seres y bellezas en lo que de otro modo sería una masa fría e inerte, así es la Libertad para el género humano. No es por una abstracción por lo que los hombres han bregado y muerto, por lo

que han luchado los defensores de la Libertad en todas las edades y han sufrido los mártires de la Libertad.

10 Hablamos de la Libertad como de una cosa; de la virtud, la riqueza, el saber, la inventiva, la fuerza y la independencia nacional, como de otras cosas. Pero de todo esto la Libertad es la fuente, la madre, la condición necesaria. Ella es para la virtud lo que la luz para el color; para la riqueza, lo que el resplandor del Sol para la semilla; para la ciencia, lo que los ojos para la visión. Es el genio de la invención, los músculos de la fuerza nacional, el alma de la independencia nacional. Donde la Libertad se levanta, allí crece la virtud, aumenta la riqueza, se extiende el saber, la invención multiplica los poderes humanos, y en fuerza y espíritu la nación más libre sobresale entre sus vecinas, como Saúl entre sus hermanos, más alta y más hermosa. Donde la Libertad decae, la virtud se marchita, la riqueza disminuye, la ciencia se olvida, la invención cesa, e imperios en otro tiempo grandes en las armas y en las artes, se convierten en inerme presa de bárbaros más libres.

11 Sólo a intervalos y con luz parcial ha brillado entre los hombres el sol de la Libertad; pero todo el progreso lo ha engendrado ella.

12 La Libertad vino a una raza de esclavos encorvados bajo los látigos egipcios, y los sacó del cautiverio. Ella los endureció en el desierto e hizo de ellos una raza de conquistadores. El libre aliento de la ley mosaica elevó a sus pensadores a cimas desde las cuales contemplaron la unidad de Dios, e inspiró a sus poetas acentos que todavía expresan las mayores exaltaciones de la mente. La Libertad amaneció en la costa fenicia, y sus naves pasaron las columnas de Hércules, para surcar el mar desconocido. Ella derramó una luz parcial sobre Grecia, y los mármoles tomaron formas de belleza ideal, las palabras se hicieron instrumentos de las ideas más sutiles, y contra la escasa milicia de las ciudades libres, las innumerables huestes del Gran Rey se estrellaron como las olas contra la roca. Arrojó sus rayos sobre las pequeñas heredades de labradores italianos, y de su energía brotó un poder

que conquistó el mundo. Brilló en los escudos de los guerreros germanos, y Augusto lloró sus legiones. Pasada la noche que siguió a su eclipse, sus oblicuos rayos cayeron de nuevo sobre ciudades libres, y el saber perdido revivió, la civilización moderna empezó, un nuevo mundo fue descubierto; y a medida que la Libertad creció, crecieron también el arte, la riqueza, el poder, la ciencia y el refinamiento. En la historia de cada nación podemos leer la misma verdad. Fue la fuerza nacida de la Carta Magna la que venció en Crecy y Agincourt. Fue la resurrección de la Libertad, después del despotismo de los Tudor, lo que glorificó la época de Isabel. Fue el aliento que llevó a un tirano coronado al cadalso lo que sembró en América la semilla de un árbol poderoso. Fue la energía de la libertad antigua la que, en el momento en que logró su unidad, hizo de España el mayor poder de la tierra, sólo para caer en la debilidad más profunda cuando la tiranía siguió a la libertad. Ved en Francia morir todo vigor intelectual bajo la tiranía del siglo xvii, para revivir esplendoroso cuando la libertad despertó en el xviii, y con la manumisión de los campesinos franceses en la Gran Revolución, fundar la maravillosa fuerza que en nuestros días desafió la derrota.

13 ¿No confiaremos en ella?

14 En nuestro tiempo, como en tiempos anteriores, serpean insidiosas fuerzas que, produciendo la desigualdad, destruyen la Libertad. En el horizonte comienzan a bajar las nubes. La Libertad nos llama de nuevo. Debemos seguirla más lejos; debemos confiar en ella plenamente. O la aceptamos totalmente, o no subsistirá. No basta que los hombres puedan votar; no basta que sean teóricamente iguales ante la ley. Han de tener libertad para utilizar por sí mismos las oportunidades y medios de vida; han de estar en igualdad de condiciones respecto a los dones de la Naturaleza. ¡O esto, o la Libertad nos negará su luz! O esto, o vendrá la oscuridad, y las mismas fuerzas que el progreso hace surgir se convertirán en poderes que trabajarán por la destrucción. Esta es la ley universal. Esta es la enseñanza de los siglos. A

menos que sus cimientos descansen en la justicia, el edificio social no puede sostenerse.

15

Nuestro ajuste social primario es una violación de la justicia. Al consentir que un hombre sea dueño de la tierra, sobre la cual y de la cual otros hombres tienen que vivir, hemos hecho a éstos esclavos de aquél en un grado que aumenta a medida que el progreso material adelanta. Esta es la alquimia sutil que, por procedimientos que las masas no comprenden, extrae a éstas, en todo país civilizado, el fruto de su penoso trabajo; lo que está instituyendo una esclavitud más penosa y desesperada en sustitución de la abolida; lo que de la libertad política saca el despotismo político, y ha de transmutar pronto en anarquía las instituciones democráticas.

16

Esto es lo que convierte las bendiciones del progreso material en una maldición. Esto es lo que amontona seres humanos en sótanos malsanos e inmundas casas de vecindad; lo que llena las prisiones y los burdeles; lo que aguija a los hombres con la necesidad y los consume con la codicia; lo que roba a la mujer la gracia y la belleza de la perfecta femineidad; lo que quita al pequeñuelo la alegría y la inocencia de la mañana de la vida.

17

Una civilización así cimentada no puede continuar. Las leyes eternas del Universo lo prohíben. Las ruinas de los pasados imperios lo atestiguan, y la secreta voz que resuena en cada alma, dice que eso no puede ser. Hay algo más grande que la Filantropía, algo más augusto que la Caridad; es la Justicia misma, que nos pide rectificar esta iniquidad. La Justicia, que no será denegada, que no puede ser eludida; la Justicia, que con la balanza lleva la espada. ¿Evitaremos el golpe con liturgias y oraciones? ¿Desviaremos los decretos de la ley inmutable, levantando iglesias cuando los niños hambrientos gimen y las madres extenuadas lloran?

18

Aunque se diga en el lenguaje de las plegarias, es blasfemia atribuir a los inescrutables decretos de la Providencia la pena y embrutecimiento que vienen de la pobreza; volverse con las

manos cruzadas al Padre Común y arrojar sobre El la responsabilidad de la miseria y del crimen de nuestras grandes ciudades. Degradamos al Eterno. Calumniamos al Justo. ¡Un hombre misericordioso hubiera ordenado mejor el mundo! ¡Un hombre justo aplastaría con el pie tan ulceroso hormiguero! No el Todopoderoso, sino nosotros somos los responsables del vicio y miseria que supuran en medio de nuestra civilización. El Creador derrama sobre nosotros sus dones, más que suficientes para todos. Pero como cerdos peleando por la comida, los pisoteamos en el cieno; los pisoteamos en el cieno mientras nos despedazamos y desgarramos unos a otros.

19

En el corazón mismo de nuestra civilización actual hay miseria y sufrimiento bastantes para oprimir el corazón a quienes no cierran los ojos ni tengan de acero los nervios. ¿Osaremos volvernos al Creador y pedirle que los remedie? Suponiendo que la plegaria fuese oída y, al mandato con que el Universo vino al ser, adquiriese el Sol un mayor poder, el aire se impregnara de nuevas virtudes, el suelo de nuevo vigor, por cada brizna de hierba que ahora crece salieran dos, y la semilla que ahora produce cincuenta diera ciento, ¿disminuiría la pobreza o se aliviaría la necesidad? Evidentemente, no. Cualquier beneficio que se obtuviese sería sólo pasajero. Como los nuevos poderes fluirían al través del universo material, sólo podrían ser utilizados por medio de la tierra, y siendo la tierra propiedad privada, las clases que ahora monopolizan los dones del Creador, monopolizarían todos los nuevos dones. Únicamente los propietarios serían beneficiados. ¡Las rentas subirían, pero los salarios seguirían tendiendo hacia el límite del hambre!

20

Esto no es sólo una simple deducción de la Economía política; es un hecho experimental. Lo sabemos por haberlo visto. En nuestro propio tiempo, bajo nuestros propios ojos, aquel Poder que está sobre todo, en todo y a través de todo; aquel Poder del cual todo el Universo no es más que una manifestación; aquel Poder que hizo todas las cosas y sin el cual nada de lo hecho

existiría, ha aumentado los dones, de que los hombres pueden disfrutar, tan verdaderamente como si la fertilidad de la Naturaleza hubiese sido aumentada. Vino al espíritu de un hombre la idea que puso el vapor al servicio de la humanidad. Al oído interior de otro se susurró el secreto que obliga al rayo a llevar un mensaje alrededor del globo. En todos sentidos, las leyes de la Naturaleza han sido reveladas; en todas las ramas de la actividad productora han surgido brazos de hierro y dedos de acero, cuyo efecto sobre la producción de la riqueza ha sido precisamente el mismo que un aumento en la fertilidad de la Naturaleza. ¿Cuál ha sido el resultado? Simplemente que los propietarios de la tierra obtuvieron toda la ganancia. Los maravillosos descubrimientos e invenciones de nuestro siglo no han aumentado los salarios ni aliviado la fatiga. ¡El efecto ha sido sencillamente hacer a la minoría más rica; a la mayoría, más desamparada!

21 ¿Es posible que los dones del Creador sean así apropiados indebidamente con impunidad? ¿Es cosa leve que al trabajo le sean arrebatadas sus ganancias mientras la codicia nada en la riqueza; que los más sufran necesidades mientras los menos están ahitos? ¡Recurramos a la historia, y cada una de sus páginas nos enseñará que tal injusticia nunca queda sin castigo; que la Némesis que sigue a la injusticia nunca vacila ni duerme! Mirad ahora en torno: ¿puede continuar este estado de cosas? ¿Podemos decir aún: "Después de nosotros, el diluvio"? No. Las columnas del Estado se estremecen ya, y los cimientos mismos de la sociedad empiezan a trepidar al empuje de las fuerzas acorraladas que arden en sus entrañas. La lucha que ha de revivificar o precipitar en la ruina, está próxima, si no ha empezado ya.

22 ¡El *Fiat* se ha pronunciado! Con el vapor y la electricidad y los nuevos poderes nacidos del progreso, han entrado en el mundo fuerzas que nos impelerán a un plano más alto, o nos hundirán, como nación tras nación, civilización tras civilización, han sido destruidas antes. Es la ilusión que precede a la destrucción la que, en la inquietud popular con la cual el mundo civilizado late

febrilmente, hace ver sólo el efecto pasajero de causas efímeras. Entre las ideas democráticas y la organización aristocrática de la sociedad hay una irreconciliable contradicción. Aquí, en Estados Unidos, como allá en Europa, puede vérsela surgir. No podemos seguir permitiendo que los hombres voten, y obligándolos a mendigar. No podemos seguir educando niñas y niños en nuestras escuelas públicas, y rehusándoles después el derecho de ganarse honradamente la vida. No podemos seguir charlando sobre los derechos inalienables del hombre, y negando después el derecho inalienable a la liberalidad del Creador. Ya comienza a fermentar en los viejos odres el vino nuevo, y fuerzas elementales se acumulan para la lucha.

23

Pero si, mientras aún es tiempo, nos volvemos hacia la Justicia y la obedecemos, si confiamos en la Libertad y la seguimos, los peligros que ahora amagan desaparecerán, las fuerzas que ahora amenazan se convertirán en agente de elevación. Pensemos en las energías ahora derrochadas, en los campos infinitos de la ciencia todavía por explorar, en las posibilidades de las cuales las admirables invenciones de este siglo no son sino un asomo. Desvanecida la necesidad; con la codicia transformada en pasiones nobles; con la fraternidad que nace de sustituir por la igualdad los recelos y el temor que ahora alinean a los hombres unos contra otros; con el poder mental liberado por condiciones que dan comodidad y descanso al más humilde, ¿quién es capaz de medir las alturas a que nuestra civilización puede remontarse? ¡Faltan palabras a la idea! ¡Es la Edad de Oro cantada por la poesía y que exaltados profetas han revelado metafóricamente! ¡Es la gloriosa visión que siempre ha obsesionado al hombre con destellos de vacilante resplandor! ¡Es la visión de aquel cuyos ojos se cerraron en un éxtasis en Patmos! ¡Es la culminación del cristianismo, la ciudad de Dios sobre la Tierra, con sus murallas de jaspe y sus puertas de perlas! ¡Es el reinado del Príncipe de la Paz!